

una juventud apacible de estudioso, fértil en emociones literarias y artísticas, y en la cual se mantiene todavía su autor. No es menester, en resumen, considerar el santo afecto filial que guió al doctor Millé y Giménez a publicar el libro, y que él invoca en sus primeras páginas, para aplaudirlo entusiastamente. — A.

LORENZO DAGNINO PASTORE. — *El Universo, la Tierra y el Hombre*. — Buenos Aires, 1923.

Un libro de texto, por regla general, no anima la imaginación ni despierta curiosidad. Es monótono y desabrido como el puchero diario y como la mujer propia, y, de igual modo que éstos, se ajusta a un programa, llena una necesidad. Carece de sorpresas agradables y del inefable encanto de lo inútil.

De aquí que, siendo estudiantes secundarios, hayamos preferido las novelas de Dumas y Daudet a los múltiples libros de texto que se nos prescribían; que, hombres, dejemos de lado los problemas económicos por los inútiles de la filosofía, y que, maridos, robemos amor a nuestras esposas para entregarlo a mujeres estériles. Si no existieran tantas cosas útiles—diríamos parodiando a lord Beakonsfield—la vida sería casi soportable.

"El Universo, la Tierra y el Hombre"—encarando directamente nuestro asunto—es un libro de texto "para las escuelas normales y colegios nacionales", pero no inspira las despectivas conclusiones anteriores, pues su autor, al componerlo, ha utilizado, además de su reconocido talento didáctico, su buen gusto de novelista amable, su agilidad mental de viejo periodista y, por fin, su visión precisa de matemático.

"El Universo, la Tierra y el Hombre" (alabamos el buen gusto del autor al no titularlo "Tratado" o "Nociones de Cosmogeoantropología", pues esta portada invitaría menos a la lectura) es un compendio de nociones acerca de estas tres entidades, que va descubriendo progresivamente ante el lector el velo misterioso que envuelve a la naturaleza, claro está, en la medida de lo científicamente posible. La unidad que mantiene Dagnino Pastore en la exposición constituye otro de los méritos notables de la obra, pues ayuda a fijar en la mente del alumno secundario un concepto que éste, por culpa de los programas, profesores y textos, no posee lo suficientemente arraigado: el concepto de que la ciencia es una e indivisible, objetivamente.

Como exactamente observa el prologuista, profesor Leopoldo Herrera, el libro "no contempla todos los fenómenos de que el

Universo, la Tierra y el Hombre son capaces, ni expone íntegramente la doctrina que les concierne. Selecciona los hechos dominantes y comenta las leyes fundamentales que de ellos se inducen; se atiene a las verdades definitivamente establecidas, y respecto de las incógnitas, que el investigador no ha podido despejar todavía, propone hipótesis naturales y verificables.

No dice este libro cuanto podría decir, porque, aparte de que la materia que lo informa es inagotable, su autor, dos veces catedrático—en la prensa y en el aula—lo ha escrito con el pensamiento fijo en el estudiante, y sabe que sí, para instruirlo, importa mucho la transmisión directa de las ideas, la obra del maestro y del texto que lo suple, resulta incompleta mientras uno y otro no lo arman del método ni le marcan rumbos ni lo impulsan a que llene por propio esfuerzo los vacíos de su saber.

Como, además de las modalidades expuestas, "El Universo, la Tierra y el Hombre" se distingue con su estilo didáctico, sobrio y correcto, sin que le falten ilustraciones gráficas que aclaren la explicación verbal ni notas pintorescas que pongan amenidad en sus páginas, bien se justifica el voto, y ¡ojalá que sea profético!, de que, en manos de la juventud, estas lecciones de Dagnino Pastore hagan sentir su virtud emancipadora proscribiendo de las inteligencias los "ídolos" del prejuicio y del misterio. — A.

